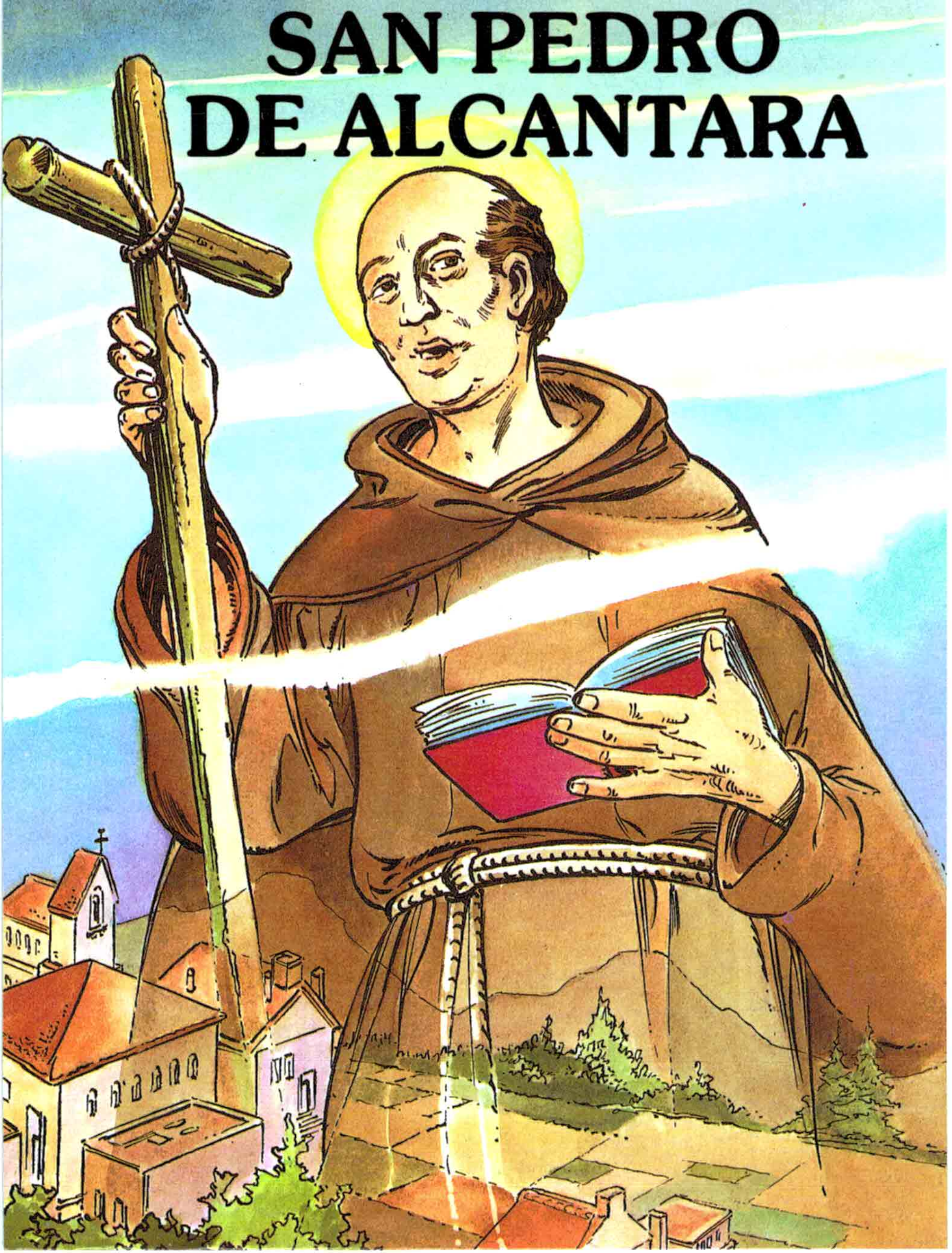
SAN PEDRO DE ALCANTARA



SAN PEDRO DE ALCANTARA

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N. 84-7656-132-6 • D.L. B-4137-89

Primeros años

En Alcántara, ilustre villa de la Alta Extremadura, nació en 1449, un niño a quien, al recibir el sacramento del bautismo, le impusieron el nombre de Juan, y que, andando el tiempo, sería el gran San Pedro de Alcántara.

Su padre, don Alonso Garabito, era alcalde de la villa. Su madre se llamaba María Vilela. Ambos sobresalían tanto por su ilustre linaje como por sus acrisoladas virtudes.

El pequeño Juan fue objeto de una profunda educación religiosa y social.

Aprendió enseguida las primeras letras, se aficionó a leer libros piadosos, y rezaba, en familia, el santo Rosario, asistiendo a misa, con su madre, diariamente.

Cuentan los autores que un día se le apareció la Santísima Virgen, indicándole que su destino era ser fraile de la Orden de San Francisco de Asís.

En otra ocasión, lo sorprendieron en la iglesia arrebatado en éxtasis, levantado varios palmos sobre el suelo.

Sus padres estaban muy contentos con él. Era bueno y piadoso, aplicado y obediente, y huía de las malas compañías y ocasiones de pecar, que tantas suele haber en calles y plazas, llenas de mozalbetes, que viven sin ningún temor de Dios.

En los ratos libres, se entretenía en juegos inocentes con un primo suyo y con sus hermanitos García y María, a los que solía predicar, imitando a los sacerdotes.

En las tentaciones hacia la señal de la cruz, y así espantaba al diablo, que lo acechaba para que ofendiera a Dios.

Estudia leyes en Salamanca

Así, felizmente, discurrían los años de su infancia. Y, al llegar a los doce años de edad, sus padres le propusieron ir a estudiar a Salamanca, emporio entonces de las ciencias. Cosa que el muchacho aceptó de muy buen grado.

Desde un principio, propuso hacerse de pocos pero buenos amigos, y llevar una vida completamente dedicada al estudio y a las obras de piedad y misericordia.

En corto plazo, adquirió renombre y fama, de tal manera que sus superiores solían proponerlo, de vez en cuando, como modelo de perfecto estudiante.

Movido del espíritu de caridad, repartía su comida con estudiantes pobres, que no solían faltar.

Cuando los compañeros sostenían alguna conversación inconveniente, y notaban su presencia, se decían: «Callémonos, que viene el de Alcántara».

La frecuencia de los Sacramentos y la devoción a la Virgen María, fueron las armas que tuvo que esgrimir para librarse de aquel ambiente turbio y malsano.

También usaba cilicios y se disciplinaba cruelmente, intentando borrar así los pecados propios y los del mundo entero.

Le desagradaba aquella sociedad en la que le había tocado vivir. Y cada vez con más insistencia oía en su interior una voz que lo llamaba a una vida de mayor silencio, oración y amor.

Antes de poner en práctica este ideal, abandonando Salamanca, pasó por Alcántara, para exponer a sus padres esta decisión y despedirse de la familia.

Y se dirigió al Convento de San Francisco de los Majarretes, donde un pariente suyo, Fray Miguel Roco, era entonces el Guardián.

Viste el hábito franciscano

Al hallarse dotado de las condiciones requeridas para entrar en Religión, como son ciencia, edad, salud, etc., fue admitido en Comunidad con alegría de todos, tomando el hábito franciscano a los 16 años de edad.

Según costumbre de la Orden, cambió su nombre de Juan de Sanabria, por el de Fray Pedro de Alcántara, con el que había de dar tanta gloria a la Iglesia de Dios.

Alejado ya del mundo, el año de noviciado transcurre en el estudio de la Regla, recitación del Breviario, oración y práctica de toda clase de virtudes.

Hace un pacto con su cuerpo: el de no darle gusto en nada, o sea, el de llevarle siempre la contraria, cosa que practicó toda su vida.

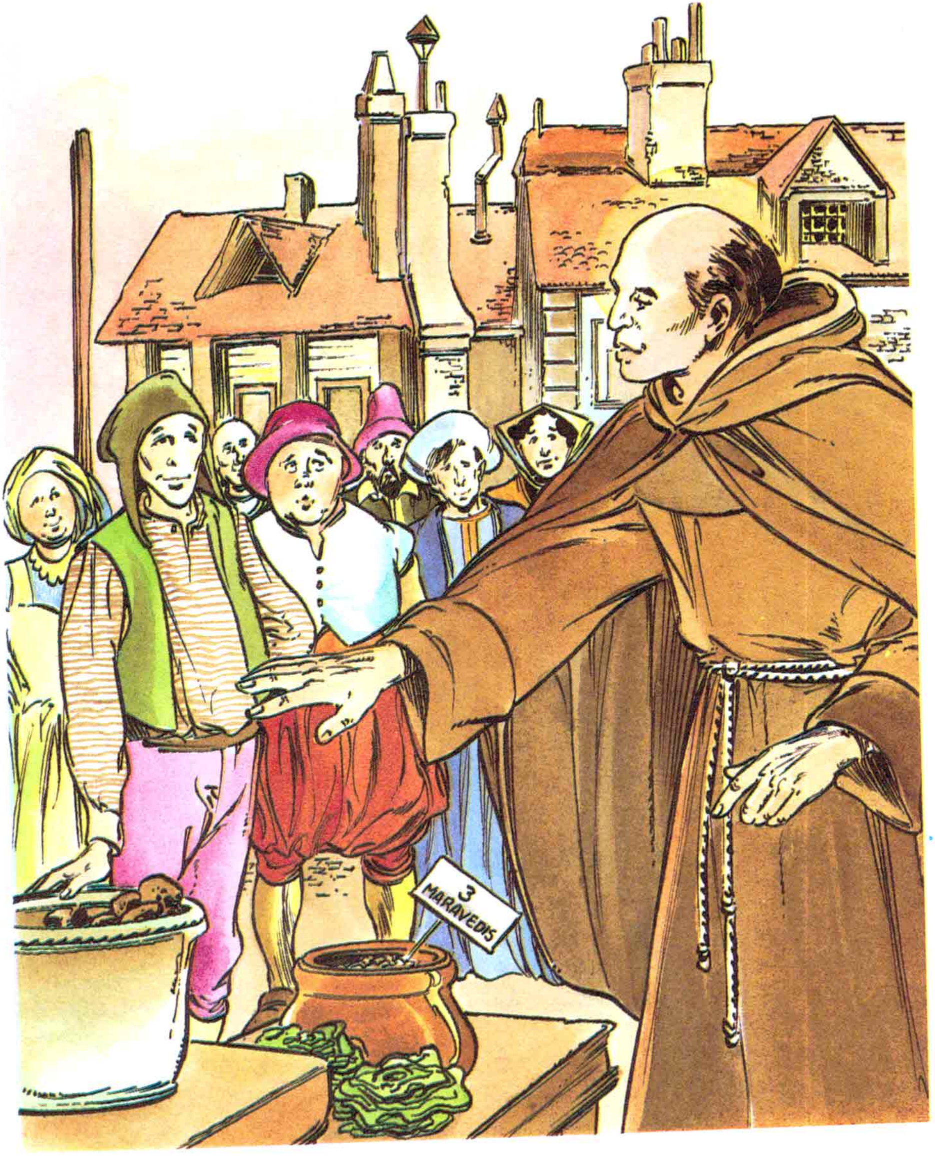
Al terminar el año de noviciado, realizó la profesión de los votos de obediencia, pobreza y castidad, de los que, en grado heroico, dio ejemplo hasta el final de sus días.

Los ocho años siguientes (1516-1524), los dedicó, de lleno, a estudiar la carrera eclesiástica, es decir, Sagrada Escritura, Teología, Cánones y otras disciplinas, preparándose así, lo más dignamente posible, para el estado del sacerdocio.

Durante esta época, vivió en varios conventos, como el de Belvís de Monroy, donde conoció a los Condes de Deleitosa, que llevaron una vida de gran piedad, gracias a la influencia de nuestro Santo.

En Badajoz, lo vemos trabajando en la construcción del propio Convento.

Por fin, en 1524, a los 25 años de edad, canta la primera Misa, con gran unción de su alma.


3 MARAVEDIS

Recorre los pueblos predicando

Ya sacerdote, se lanza con celo impetuoso a la salvación de las almas por medio de la predicación y del apostolado en general.

Un fuego interior lo devoraba y a veces parecía más un serafín que un ser humano.

Su auditorio era siempre numeroso, y, por no caber en las iglesias, tenía que predicar en el campo o en las plazas.

A su voz se rendían los pecadores más empedernidos. Una de las más ruidosas conversiones fue la del joven estudiante de 22 años, Miguel de la Cadena y Carvajal, de la nobleza de Plasencia. El mismo San Pedro le dio el hábito franciscano, y fue luego inseparable compañero suyo hasta la muerte.

Otro convertido, también de Plasencia, fue don Francisco Floriano. Colmado de riquezas y honores por el Emperador Carlos V, a cuyas órdenes estuviera, gozaba ahora de sus caudales con vida licenciosa y no muy ejemplar.

Predica San Pedro en dicha ciudad y el caballero se burla de él y de sus sermones. Pero el sermón versaba sobre el Juicio Final. Y la gracia de Dios hizo mella en su corazón, acabando por volverse al Señor.

Otros convertidos fueron don Rodrigo Chaves y señora, de Ciudad Rodrigo, y un joven disoluto de Badajoz, que terminó siendo sacerdote, aunque no franciscano, como él pretendía.

Fue llamado también, para apaciguar discordias, a Baeza, por San Juan de Avila, apóstol de Andalucía.

Su labor en el confesionario era igualmente maravillosa. Tranquilizaba las conciencias y dejaba a todos edificados y aficionados a la virtud.

Austerísima penitencia

Consecuente con su deseo de mortificación, siempre realizaba los viajes a pie y en absoluta descalcez, y jamás se cubría la cabeza, hiciera frío o apretara el calor.

En Coria, en cierta ocasión, nevaba copiosamente.

–Fray Pedro, por favor, echaos la capucha.

–¡Cómo voy a cubrirme en presencia del Señor!

Y vieron los circunstantes que lo acompañaban Jesucristo y San Francisco de Asís, con los que hablaba en místico coloquio y amistad.

También en Coria quedaron pasmadas las monjas al ver cómo se cosía, con una lezna de zapatero, las llagas que, por andar descalzo, le salían en los pies.

Acostumbraba comer cada tres días y, a veces, cada ocho. Y las viandas las rociaba con cenizas y con bastante agua para volverlas insípidas.

En lo más crudo del invierno, lanzábase a los estanques helados, y allí permanecía tres horas, en recuerdo de los padecimientos de Jesús en su Pasión.

Se disciplinaba dos veces cada día, hasta salpicar, frecuentemente, las paredes con su sangre.

Durante veinte años usó cilicio de hojalata, y, durante cuarenta, sólo durmió hora y media, entre noche y día, y esto, de rodillas y apoyando la cabeza sobre un maderillo, según contó a su dirigida, Santa Teresa de Jesús.

En las Constituciones que promulgó para sus religiosos, les obligaba a tener tres horas de oración, disciplina diaria, andar descalzos, dormir sobre el suelo y no probar vino, carne ni pescado.

Santa Teresa dijo de él que parecía estaba hecho de raíces de árboles.

Vida de oración y contemplación

Resalta en su vida el don de oración y contemplación.

En los éxtasis se elevaba a tal altura que apenas se le distinguía.

Siendo Guardián del Convento de San Onofre en La Lapa (Badajoz), escribió el famoso «Tratado de la Oración y Meditación», del que se ha dicho que es un libro de oro y que ha convertido más almas que letras contiene. Santa Teresa de Jesús lo recomendaba a sus monjas.

La Pasión del Señor, la Eucaristía y la Virgen María, fueron sus devociones predilectas.

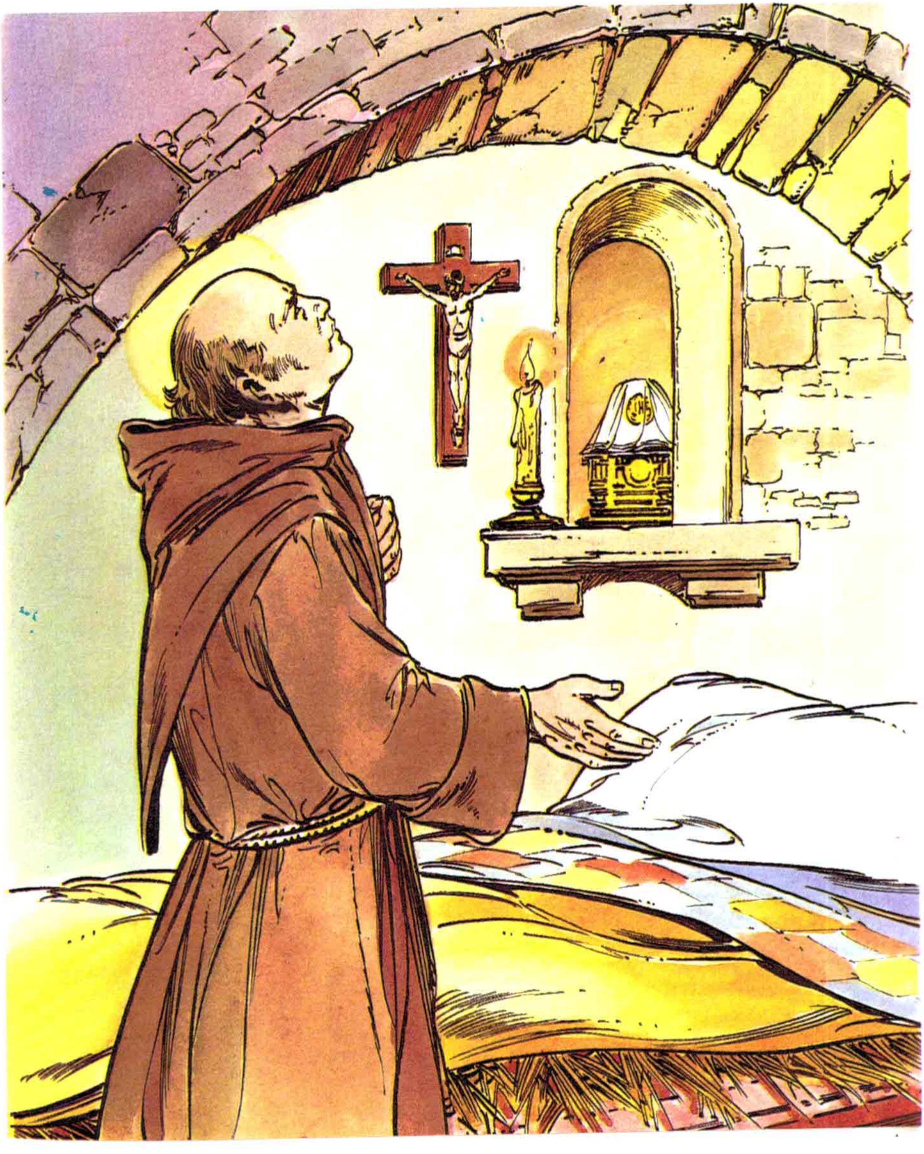
En los pueblos en que predicaba alguna misiòn, solía erigir, en recuerdo, una gran cruz en lo más alto de algún monte, como ocurrió en Santa Cruz de Paniagua, en donde la subió él solo, con admiración de todos.

En el camino del Pedroso al Palancar, había levantada una cruz de piedra, y varias veces lo vieron en los aires, delante de ella, arrobado en éxtasis.

Celebrando misa en la catedral de Avila, vio Santa Teresa cómo San Francisco de Asís y San Antonio de Padua le hacían de ministros y los ángeles de acólitos. Y, en el Convento de Santa Ana, apenas comenzada la misa, se fue elevando y permaneció en el aire durante tres horas.

Casi todos los conventos que fundaba, llevaban como titular a la Virgen María. Y, al toque del Angelus, se transportaba hacia tan Santa Madre.

En las horas de oración, manaban de sus ojos abundantes lágrimas, inundándole el Señor de consuelos y alegría interior.



Reforma la Orden Franciscana

San Pedro fue Guardián en varios conventos y, a los 39 años de edad, lo eligieron Ministro Provincial de la Provincia de San Gabriel. Ya nos podemos figurar con qué caridad y diligencia desempeñaría tan delicados cargos.

Pero, ansioso de mayor soledad, pobreza, oración y penitencia, emprende la reforma de la Orden, y, para ello, acude a Roma y consigue las correspondientes autorizaciones.

El primer convento que funda es el del Palancar, en Pedroso de Acim (Cáceres).

El mismo Santo dirige la construcción, resultando un convento de tan diminutas proporciones que ha sido llamado la octava maravilla del mundo.

Los obreros preguntaban a San Pedro por qué hacía tan bajas las celdas y tan estrechas las entradas, y les contestó:

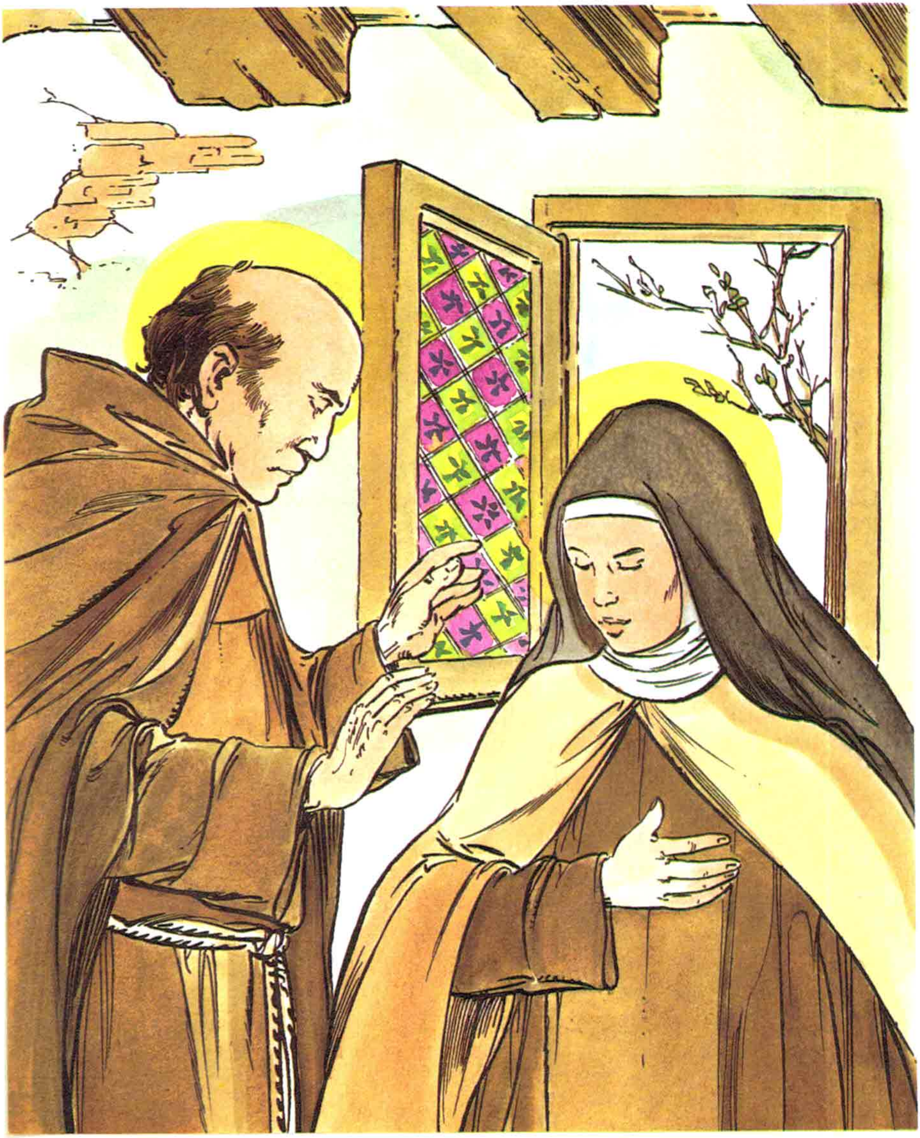
–Porque el camino del cielo es muy estrecho y así es menester que nos estrechemos mucho.

Aún podemos contemplar este monumento, donde observamos que las ventanas son anchas por dentro y angostas al exterior, con el fin de que no pudieran penetrar las alimañas que merodeaban por aquellos contornos, como lobos, zorras, etc.

La iglesia es tan pequeña que sólo cabe en ella el sacerdote que celebra y el monaguillo que le ayuda, pudiéndose encender, desde el coro, las velas del altar.

La celda de San Pedro no mide más de cuatro pies y medio, y, cuando el Santo se recogía en oración, siempre miraba hacia el Santísimo Sacramento.

Comisario General de los Frnciscanos Conventuales de Vida Reformada, fundó conventos por toda la Península Ibérica.



Fama de santidad

Santo que era tan riguroso para sí, mostrábase afable, caritativo y cordial con sus prójimos, por lo cual se conquistaba el cariño y la admiración de las gentes, que se asomaban a puertas y ventanas para verlo pasar por calles y plazas.

Los niños corrían tras él para besarle la mano y pedirle la bendición.

No rehusaba consolar al triste, visitar amigos y bienhechores, sembrando siempre paz y bien.

El Conde de Torrejón, que veneraba a San Pedro, invitóle, en una ocasión, a su mesa.

El comedor resplandecía por su vajilla y exquisitos manjares. Pero he aquí que San Pedro comenzó a hablar de la superioridad de los bienes eternos, quedando extasiado y aureolado de resplandores.

Suspendióse la comida, quedando todos edificados y elevados en Dios.

En tocante a vocaciones, era como un anzuelo divino. Causaba siempre gran impacto.

Por eso no es de extrañar que cuatro sobrinos y un primo suyo y varios parientes lejanos ingresaran en la Orden Franciscana.

Las almas buscaban su amistad y dirección espiritual.

En Barcelona conoció al Virrey de Cataluña, San Francisco de Borja. Toda la vida conservaron estos santos una amistad espiritual muy provechosa y sincera.

A Santa Teresa de Jesús la animó y ayudó en la reforma del Carmelo.

Trató mucho al Obispo de Coria, don Diego Enríquez, el cual intentó ser franciscano, pero el Santo lo disuadió.

San Juan de Avila, Fray Luis de Granada, el Padre Luis de la Puente, etc., formaron, con el Santo, un círculo de edificante amistad.

Carlos V lo invita a ser su confesor

El Emperador Carlos V, cansado de luchar y triunfar a lo largo de su dilatado gobierno, se retira al monasterio jerónimo de Yuste, en Extremadura. Le interesaba enfrentarse con el negocio de los negocios, la salvación de su alma.

Gracias a las confidencias de los cortesanos, y, sobre todo, a los informes de su hermana doña Catalina, reina de Portugal, el Emperador tenía conocimiento de la santidad de Fray Pedro.

Lo mandó llamar y acudió varias veces al Monasterio, y cuanto más lo trataba, más deseaba disfrutar de sus santos consejos.

Por fin, le manifestó lo que más le interesaba:

–Fray Pedro, es mi intención y voluntad que os encarguéis de mi alma y seáis mi confesor.

–Señor, para tan alto oficio, Vuestra Majestad debe buscar otro más digno que yo y de superiores prendas; a mí me faltan las que son necesarias para cumplir con las obligaciones de un cargo tan grave.

El Emperador no quedó satisfecho, y, como estaba acostumbrado a ser siempre obedecido, insistió:

–Haced, Padre, lo que os mando, que yo bien sé lo que me conviene.

El Santo, que quería ser fiel al programa que se había trazado, replicó:

–Vuestra Majestad se dé por bien servido de que en este asunto se haga la voluntad de Dios. Si no vuelvo, tenga Vuestra Majestad por seguro de que Dios no quiere lo que pretende de mí.

Le besó la mano y no apareció más por el Monasterio.

Don de profecía y milagros

Predicando a la muchedumbre en la explanada del Convento del Palancar, a pesar del fuerte aguacero, nadie se mojaba.

Hospedado San Pedro en Baeza, el hijo del dueño no se apartaba del Santo ni cesaba de mirarlo. Lo reprendió su padre, pero él le profetizó que sería religioso de su Orden, como así sucedió, tomando el hábito en Arenas.

En el Convento de San Juan Bautista de la Viciosa, plantó milagrosamente un pino. La Santísima Virgen se apareció sobre él, rodeada de ángeles, los cuales alumbraban a Fray Pedro para que pudiera rezar el Breviario.

En la huerta del Palancar, entre tantos árboles como había, faltaba la higuera. Se lo hizo saber el Guardián.

–Pues, si Dios quiere, la tendréis –replícale San Pedro.

–Padre, ¿y cómo y cuándo será ello?

–Si el Señor es servido, ahora mismo.

Y clavando el Santo su bastón en la hendidura de una piedra, brotó una frondosísima higuera.

Un niño de Arenas acudió con su madre, ciega. El Santo la bendijo, diciéndole:

–El Señor te sane –y la mujer quedó completamente bien.

También en Casas de Millán devolvió la vista a una niña de cuatro años, al tocarle los ojos y echarle la bendición.

En Herradón (Avila), resucitó a un niño que se había caído a un pozo.

En Galisteo resucitó también a otro niño, al Conde de Morata, hijo único de los Condes de Osorno.

Y así otros muchos milagros.

Ultimos días y santa muerte

Se traslada San Pedro al Convento de Arenas, que debía ser su última morada.

A Fray Miguel de la Cadena le dijo:

–Dios tiene grandes designios sobre este lugar.

Se refería, sin duda, a que su sepulcro sería allí glorioso.

Mientras se construía el Convento, vivía retirado en una gruta, que ahora es conocida con el nombre de «Celda del Santo».

Se conserva también en Arenas un zarzal sin espinas, donde el Santo se arrojaba para mortificarse y rechazar las tentaciones.

Su enfermedad de estómago se recrudecía y la llaga o postema de la pierna, lo mortificaba mucho.

Al notar que se agravaba, preguntó al doctor Vázquez, médico que lo curaba:

–Doctor, ¿cuándo caminamos?

–Muy pronto será ello, Padre.

En efecto, el sábado, 17 de octubre, recibió el Santo Viático. De rodillas y en cruz, recita el salmo: «Me he alegrado por las cosas que me han dicho; iremos a la Casa del Señor». Y dice a los religiosos:

–Hijos, ¿no veis a la Santísima Trinidad, Santísima Virgen, San Juan Evangelista y nuestro Padre San Francisco?

Ocurrió su muerte el domingo, 18 de octubre de 1562, en la Enfermería de Arenas, a los 63 años de edad y 47 de vida religiosa.

En ese instante se apareció a Santa Teresa y le dijo «cómo se iba a descansar y qué bienaventurada penitencia, que tanto premio le había merecido».

Entretanto, volteaba sola la campana de la Ermita de San Andrés.

Glorificación de San Pedro

El gran Santo de la Penitencia siguió haciendo milagros después de su muerte.

Por fin, el Papa Gregorio XV lo beatificó el 18 de abril de 1622, y Clemente IX lo canonizó el 28 de abril de 1669.

En Arenas, sobre su sepulcro, en el último convento por él fundado, se alza un bello Santuario, donde Dios bendice a los que lo buscan con buena voluntad.

Peregrinemos a este Centro de Espiritualidad, puesto bajo la custodia de los Religiosos Franciscanos.

Encomendémonos a San Pedro y sentiremos su poderosa protección.

Recordemos la frase de Santa Teresa, hablando de este Santo: «Díjome una vez el Señor que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese».

Frase lapidaria, digna de fe.